

DMITRI MEREZHKOVSKI

EL ROMANCE DE LEONARDO

El genio del Renacimiento



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderonstudio®

Primera edición impresa: febrero de 2024
Primera edición en e-book: febrero de 2024

© Luis Miguel Guerra, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4913-6

Depósito legal: B 1140-2024

Producido en España

CAPÍTULO I LA DIABLESA BLANCA

I

En Florencia, al lado de la Colegiata del Oro de San Miguel, se hallaban las lonjas del gremio de tintoreros.

Tinglados absurdos, almacenes y cobertizos sostenidos por pilares de tosca madera se apoyaban contra las casas, cuyos tejados estaban tan próximos que sólo dejaban ver una estrecha franja de cielo azul. Las calles, incluso en pleno día, resultaban sombrías. A la entrada de las tiendas, colgando de varillas de hierro, se veían muestras de tejidos de lana extranjera, teñida en Florencia. Por el centro de la calle pavimentada de guijarros corría una reguera de un líquido multicolor, procedente de las cubas de tinte. Encima de las puertas de los comercios se veían los escudos de la corporación de tintoreros con las armas de Calimala: un águila de oro, en campo de gules, llevando un fardo de lana blanca.

En uno de estos almacenes se hallaba sentado, rodeado de papeles y libros de contabilidad, maese Cipriano Buonaccorsi, rico mercader florentino y cónsul de la noble corporación de Calimala.

Bajo la fría luz de un día de marzo y entre la humedad que exhalaban los sótanos llenos de mercancías, el anciano tiritaba envuelto en su ropón de piel de ardilla, pelado y raído por los codos.

Se había colocado la pluma de ganso detrás de la oreja y con sus ojos débiles y miopes, a los cuales, sin embargo, no se les escapaba nada, repasaba, negligentemente en apariencia pero en realidad con muchísima atención, las hojas de pergamino de un libro enorme cuyas páginas estaban divididas por columnas verticales

y horizontales: a la izquierda el debe, a la derecha el haber. Las mercancías estaban consignadas en caracteres comunes, sin mayúsculas, puntos ni comas, con números romanos y exclusión de cifras árabes, las cuales eran tenidas por una frívola innovación indigna de los libros mercantiles. En la primera página, escrita en grandes caracteres, se podía leer la siguiente frase: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María, este Registro ha sido comenzado en el año mil cuatrocientos noventa y cuatro del nacimiento de Cristo».

Cuando hubo acabado de examinar las últimas partidas y de rectificar cuidadosamente un error en la cuenta de los cargamentos de pimentón de Guinea, de jengibre de La Meca y de los paquetes de canela que había recibido en garantía por entregas de lana, maese Cipriano se recostó en el respaldo de su silla con aire de cansancio, cerró los ojos y se puso a pensar en la carta de negocios que tenía que enviar a su primer viajante, que se encontraba en Francia, en la feria de paños de Montpellier.

Alguien entró en la tienda. El viejo abrió los ojos y vio a su arrendatario, el campesino Grillo, a quien tenía arrendadas las tierras y las viñas de su hacienda de San Gervasio, situada al pie de la montaña, en el valle del Mugnone.

Grillo saludó; llevaba una cesta llena de huevos, cuidadosamente colocados entre capas de paja. De su cinturón pendían dos pollos vivos, con las patas atadas y la cabeza hacia abajo.

—¡Ah, Grillo! —dijo Buonaccorsi con su acostumbrada afealdad, que era igual para los humildes que para los poderosos—. ¿Cómo te va? Parece que la primavera se presenta bien.

—¡Oh!, maese Cipriano, para los viejos como nosotros ni siquiera la primavera es alegre; nos duelen los huesos, que ya piden la tumba. Mire, aquí tiene para las fiestas de Pascua —añadió, después de un silencio—. Traigo a Vuestra Gracia pollos y huevos.

Grillo, con una expresión de malicioso regocijo, guiñó sus ojillos verdosos, rodeados de finas y amoratadas arrugas, como los tienen los hombres acostumbrados al sol y al viento.

Buonaccorsi dio las gracias al viejo. Después le preguntó por sus asuntos.

—¡Y bien! ¿Están dispuestos los trabajadores de la alquería? ¿Tendremos tiempo de terminar antes del día?

Grillo suspiró profundamente y se quedó pensativo, apoyándose en el bastón que tenía en la mano.

—Todo está preparado y tenemos bastantes trabajadores. Pero escuche lo que voy a decirle, señor, ¿no sería mejor esperar?

—Pero tú mismo decías el otro día que no teníamos que esperar. Podrían adelantársenos.

—Es verdad, ciertamente; pero aunque así sea, tengo miedo. ¡Es pecado! Estamos en Cuaresma y lo que hacemos no está bien...

—Lo que haya de pecado lo tomo sobre mí. No temas nada; no te haré traición. Pero, ¿encontraremos algo?

—¿Cómo no vamos a encontrar? Hay datos ciertos. De padres a hijos se habla del cerro de detrás del molino, junto a Valle Frío. Por la noche se ven correr fuegos en San Juan. Hay que confesar que el país está lleno de abominaciones. Cuentan que recientemente, cavando un hoyo en las viñas de Marignola, se ha sacado de la tierra nada menos que un diablo.

—¿Qué dices? ¿Un diablo?

—De cobre, con cuernos. Patas de macho cabrío muy peludas, con pezuñas. Y un hocico muy raro como si se riera. Bailando sobre una pierna y chasqueando los dedos. Está todo lleno de cardenillo y cubierto de musgo.

—¿Qué han hecho con él?

—Han fundido una campana para la nueva capilla del Arcángel San Miguel.

Maese Cipriano estuvo a punto de enfadarse.

—¿Por qué no me has hablado de esto antes, Grillo?

—Habíais ido a Siena a vuestros negocios.

—Entonces debiste escribirme. Hubiera enviado a alguien. Hubiese venido yo mismo, sin reparar en gastos. Y os hubiera fundido diez campanas. ¡Imbéciles! ¡Hacer una campana con un fauno bailante, obra quizá de Skopas, el gran escultor griego!

—Sí, imbéciles, es verdad. Pero no os enfadéis. Ya están bastante castigados: desde que hace dos años colocaron la campana nueva, los gusanos se comen las manzanas y las cerezas de los

huertos y la recolección de aceituna es mala. Y la campana no tiene buena voz.

—¿Por qué no es buena?

—¿Qué quiere que le diga? No suena bien, no alegra a los buenos corazones. Suena intempestivamente. Pero, ya se sabe: ¿qué campana se puede hacer con un diablo? Sea dicho sin enfadar a Vuestra Gracia, pero el cura tiene razón: todas esas cosas que se desentieran no nos pueden traer nada bueno. Hay que proceder con prudencia y circunspección, protegerse con la cruz y la plegaria, porque el diablo es poderoso y astuto, ¡el hijo de perra! Entra por una oreja y sale por la otra. Como no nos ocurra como con esa mano de mármol, desenterrada el año pasado por Zaccheo cerca del cerro del Molino... ¡bien nos ha cogido el Malo! Esta mano ha traído desgracia. ¡Dios nos libre! Sólo de pensarlo se estremece uno...

—Cuéntame, pues, Grillo, cómo se encontró.

—Fue en otoño, la víspera de San Martín. Empezábamos a cenar y la patrona acababa de poner la sopa de ajo en la mesa, cuando un labrador entró corriendo en la casa; era el sobrino de mi compadre Zaccheo. Debo decir que por la tarde le había dejado yo en el campo próximo al cerro del Molino arrancando las raíces de los olivos, porque yo quería sembrar cáñamo: «¡Amo! ¡Ah! ¡Amo!», balbucía Zaccheo completamente pálido, temblando y castañeteando los dientes. «¡Dios te guarde, hijo mío!» «Pasa algo raro en el campo —dijo—. Sale un muerto de debajo de las raíces. Si no me creen, vengan, lo verán con sus propios ojos.» Cogimos las linternas y salimos.

Era de noche, la luna se alzaba por detrás del bosque. Vimos una cepa cerca de la cual la tierra estaba removida, entre la que se divisaba una cosa blanca. Me incliné y vi, saliendo de la tierra, una mano de finos y bonitos dedos como los de las muchachas de la ciudad. «¡La peste te ahorque! —pensé—. ¿Qué es esto?» Dirigí la linterna al agujero para ver mejor y he aquí que mano y dedos se mueven. No pude más, las piernas no me sostenían, y lancé un grito. Pero la tía Bonda, mi abuela —nuestra curandera y comadrona—, mujer ágil a pesar de su edad, nos gritó: «¿De qué tenéis miedo, imbéciles? ¿No veis que esta mano no está ni muerta ni viva, que es de piedra?».

La agarró y la sacó de la tierra como si fuera un nabo. El brazo estaba partido por las coyunturas un poco más arriba de la muñeca: «¡Abuela! —grité yo—. ¡Oh!, abuela, deja, no la toques, enterrémosla lo más pronto posible, antes de que nos traiga alguna desgracia!...». «No —respondió ella— eso sería malo. Primero hay que llevarla al cura para que le diga un conjuro.» La vieja nos engañó, no llevó la mano al cura, sino que la escondió en un rincón de su cofre, donde guarda todas sus cosas: trapos, ungüentos, hierbas, talismanes. Regañé con ella para que me devolviese la mano, pero la tía Bonda es testaruda. Desde entonces la abuela empezó a hacer curas milagrosas. Si uno tenía dolor de muelas, pasaba sobre sus mejillas la mano del ídolo y la hinchazón desaparecía. Aliviaba la fiebre, los cólicos, la epilepsia. Si una vaca sufría y no podía parir, la abuela le ponía la mano de piedra sobre el vientre, la vaca bramaba y en seguida el ternero se revolvía en la paja.

Su fama se extendió a los pueblos vecinos. La vieja ganó mucho dinero. Pero no le trajo nada bueno. El padre Faustino, el cura, no me dejaba en paz cuando iba a la iglesia; me reñía delante de todo el mundo, me llamaba hijo de perdición, siervo del demonio y me amenazaba con denunciarme al obispo y privarme de la Santa Comunión. Los chicos corrían por las calles detrás de mí, señalándome con el dedo: «¡Mira, Grillo! ¡Grillo es brujo y su abuela bruja! Han vendido su alma al diablo». ¿Cree-réis que ni por la noche conseguía dormir? Siempre me parecía ver la mano de mármol deslizándose hacia mí, cogerme por el cuello como para acariciarme con sus largos dedos fríos y luego, de repente, agarrarme, apretarme la garganta y estrangularme. Quería gritar y no podía. Un día me levanté antes del amanecer y en cuanto la abuela se fue al campo a coger hierbas mojadas de rocío, rompí la cerradura del cofre, cogí la mano y, como recordaréis, os la traje. El trapero Lotto me daba por ella diez sueldos y de vos sólo he recibido ocho; pero por Vuestra Gracia sacrificaríamos no sólo dos sueldos, sino incluso nuestra vida. El señor os colme de mercedes a vos, a madona Angélica, a vuestros hijos y a vuestros nietos.

—Sí, a juzgar por lo que me cuentas, Grillo, encontraremos algo en el cerro del Molino —dijo pensativo maese Cipriano.

—Como encontrar se encontrará —continuó el viejo lanzando de nuevo un profundo suspiro—. Con tal de que el Padre Faustino no huelga nada. Si se entera, me molerá sin duda; será malo para mí y para vos también: amotinará al pueblo y no nos dejará acabar los trabajos. ¡En fin, Dios es misericordioso! Pero vos, bienhechor mío, no me abandonaríais, intercederíais ante el juez por mí...

—¿Y qué hay de esa tierra que el molinero te quiere quitar?

—Pues verás, señor. Es malo y astuto el molinero. Y sabe dónde tiene el diablo la cola. Imagínese que yo le había prometido al juez una becerra. El molinero también le regaló una vaca, y preñada. Además intrigó bajo cuerda durante el proceso. Fue más vivo que yo, el pícaro. Y temo que el juez se decida a su favor porque, para mi desgracia, su vaca ha tenido un becerro. ¡Interceda por mí, señor! Solamente por Vuestra Gracia trabajaré en el cerro del Molino. Por nadie en el mundo cargaría sobre mi alma semejante pecado.

—Estate tranquilo, Grillo. El juez es amigo mío y me interesaré por ti. Y ahora ve. En la cocina te darán de comer y beber. Esta noche iremos juntos a San Gervasio.

El viejo, despidiéndose en voz baja, dio las gracias y se fue.

Maese Cipriano se retiró a un gabinetito de trabajo contiguo a la tienda, donde no consentía que entrase nadie.

Había allí mármoles y bronces colocados en las paredes. Sobre tablas recubiertas de paño se mostraban monedas y medallas antiguas. Había cajas con fragmentos de estatuas aún no desembaladas. Buonaccorsi se hacía enviar por sus numerosos agentes antigüedades de todas partes: de Atenas, Esmirna, Haliarnaso, Chipre, Lencosia y Rodas; de las profundidades de Egipto y del Asia Menor.

El prócer de Calimala lanzó una mirada sobre todos sus tesoros. Después se hundió de nuevo en sus graves y austeras meditaciones a propósito de las tarifas de aduanas sobre las lanas. Y cuando acabó de reflexionar se puso a escribir las cartas para su hombre de confianza, en Montpellier.

II

Sin embargo, al fondo del almacén, donde los fardos de mercancías amontonadas hasta el techo no recibían, incluso de día, más luz que la oscilante de una lamparilla colocada ante la Madona, tres jóvenes conversaban. Dolfo, Antonio y Giovanni. Dolfo, dependiente de meser Buonaccorsi, muchacho de buen humor, de rojos cabellos y nariz roma, inscribía en un libro el número de codos del paño medido. Antonio de Vinci, un joven de aspecto envejecido, con vidriosos ojos de pescado y escasos cabellos negros de obstinados remolinos, medía diestramente las telas por la medida florentina, la caña. Giovanni Beltraffio, estudiante de pintura, venido de Milán, tenía unos diecinueve años, tímido y parado, poseía grandes ojos grises, tristes y cándidos, y en el rostro, una expresión de irresolución. Sentado a caballo sobre un fardo con las piernas cruzadas, escuchaba con atención.

—Ya veis a lo que hemos llegado, amigos míos —dijo Antonio en voz baja y siniestra—. A desenterrar a los dioses paganos. «Lanas de Escocia sin cardar, de color oscuro, treinta y dos codos, seis empar, ocho onzas» —añadió, dirigiéndose a Dolfo.

Éste anotaba en el libro de mercancías. Después, Antonio, una vez doblada la pieza medida la lanzó con enfado, pero con tal habilidad, que fue a caer exactamente en el sitio debido. Levantando el índice y tomando, a imitación de fray Girolamo Savonarola, un ademán profético, exclamaba:

—*Eladius Dei supes terrans cito et neclociter!*

San Juan en Patmos tuvo una visión. El Ángel se desasíó del dragón, de la serpiente espantosa que es el demonio. Le encadenó, precipitó en el abismo y le encerró encadenándole a fin de que no perdiese a los pueblos antes de que hubieran transcurrido mil años. Hoy está a punto de ser libertado de su prisión. Los mil años han transcurrido. Los falsos dioses precursores y servidores del Anticristo salen de la tierra, de debajo de la tierra, para seducir a la humanidad. ¡Anatema a los que se hallan en la tierra y navegan por el mar!...

—«Paño de lana amarilla, lisa de Brabante, diecisiete codos, cuatro empar, nueve onzas.»

—¿Cómo interpretáis, Antonio —preguntó Giovanni con una curiosidad temerosa y ávido—, todos estos indicios?

—Son ciertos, seguramente. Vigílad, los tiempos están próximos y no solamente se destierran hoy los dioses antiguos, sino que se crean otros nuevos a imitación de los antiguos. Nuestros escultores y pintores sirven a Moloch, es decir, al demonio. Hacen de la iglesia del Señor el templo de Satán. En las imágenes sagradas representan, bajo el aspecto de mártires y santos, a los dioses impuros, que ellos adoran; en lugar de San Juan el Evangelista, Baco; en vez de la Madre de Dios, vemos a Venus la prostituta. Habría que quemar tales cuadros y aventar las cenizas.

En los blandos ojos del dependiente devoto brilló una llama siniestra.

Giovanni no osó replicar, se calló y el impotente esfuerzo de su pensamiento le obligó a fruncir sus finas cejas de niño.

—Antonio —dijo por fin—, he oído decir que vuestro primo meser Leonardo de Vinci admite discípulos en su taller. Hace tiempo que quiero...

—Si quieres —le interrumpió Antonio, frunciendo las cejas—, si quieres, Giovanni, perder tu alma, ve a casa de meser Leonardo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aunque sea mi primo y tenga veinte años más que yo, ya se ha dicho en la Escritura: «Después de la primera y de la segunda admonición, apártate del hereje». Meser Leonardo es hereje e impío. Su espíritu está oscurecido por un orgullo diabólico; pretende, con ayuda de las matemáticas y de la magia negra, penetrar los misterios de la naturaleza...

Y elevando los ojos al cielo, citó las palabras del último sermón de Savonarola:

—«¡La ciencia de este siglo es locura ante el Señor. Conocemos a estos sabios; todos descienden a la mansión de Satán!»

—Antonio —repuso Giovanni más tímidamente todavía—, ¿no habéis oído decir que meser Leonardo está ahora en Florencia? Acaba de llegar de Milán.

—¿Para qué?

—Le ha enviado el duque para informarse de si se deben comprar ciertos cuadros que han pertenecido al difunto Lorenzo el Magnífico.

—Está aquí. ¡Bueno! —interrumpió Antonio volviendo a medir el paño con la caña, con más celo todavía.

En las iglesias tocaron a completas. Dolfó se estiró con satisfacción y cerró el libro. El trabajo había terminado. Comenzaban a cerrarse las tiendas.

Giovanni salió. Entre los húmedos tejados se divisó un cielo gris teñido de un matiz rosado crepuscular apenas perceptible. Una fina lluvia se vaporizaba en el aire inmóvil.

De pronto, por una ventana abierta de la próxima calleja, salió una canción.

La voz era joven y clara. Giovanni comprendió al oír el ritmo del pedal que era una tejedora cantando en su telar.

Escuchó, se acordó de que era primavera, y sintió palpitar su corazón con una ternura y una tristeza sin causa.

—¡Naná, Naná! Pero, ¿dónde estás, diablo? ¿Te has vuelto sorda? Ve a cerrar. Se van a quedar fríos los macarrones.

Se oyó el ruido de unos zuecos de madera al pisar sobre el pavimento y luego todo quedó en silencio.

Giovanni quedó de pie, largo tiempo todavía, contemplando la ventana vacía; en sus oídos resonaba el estribillo primaveral, parecido a los arpegios de un lejano caramillo:

O vaghe montanine e pastorelle...

Después suspiró suavemente, entró en la casa del prócer de Calimala y, por unas escaleras de podrida madera crujiente y temblorosa, subió hasta una amplia pieza que servía de biblioteca, donde se hallaba sentado, inclinado sobre un pupitre, Jorge Merula, cronista de la corte del duque de Milán.

III

Merula había ido a Florencia por orden de su soberano para comprar obras raras de la biblioteca de Lorenzo de Médicis, y, según tenía por costumbre, había acudido a casa de su amigo Cipriano Buonaccorsi, gran aficionado como él a las antigüedades. El anciano erudito y Giovanni se habían conocido casual-

mente en una posada del camino de Milán. El pretexto de que Merula necesitaba de un buen copista y que Giovanni tenía una hermosa letra, le llevó con él a casa de Cipriano.

Cuando Giovanni entró en la habitación, Merula examinaba un pesado libro, parecido a un eucologio o a un salterio.

Pasaba con precaución una esponja húmeda sobre el pergamino, fino entre los más finos, hecho de piel de ternera de Irlanda. Borraba con piedra pómez algunas líneas y alisaba otras ayudado con la hoja de un cuchillo y un pulidor. Después las examinaba de nuevo elevándolas hasta la luz.

—¡Ah, queridos! —decía con enternecimiento—. Salid, mostraos. ¡Qué bellos, qué interesantes sois!

Hizo chasquear los dedos levantando por encima de su trabajo su pequeña cabeza calva, de rostro engraido, con movibles y suaves arrugas, nariz de un azul purpúreo y ojillos grises llenos de avidez y desbordantes de alegría. A su lado, en la repisa de la ventana, había un jarro de barro y un vaso. El sabio se sirvió vino, bebió; lanzó un gruñido, e iba de nuevo a enfrascarse en su trabajo cuando apercibió a Giovanni.

—Buenos días, frailuco —dijo en broma el viejo; amablemente llamaba a Giovanni frailuco a causa de su modestia—. Me aburro sin ti: estaba diciéndome: ¿dónde se habrá metido? ¿Acaso se habrá enamorado? No es un pecado enamorarse. Tampoco yo he perdido mi tiempo. Quizá no has visto nunca una cosa tan divertida. ¿Quieres que te la enseñe? Pero mejor será que no la veas; lo irías diciendo por ahí. Lo he comprado por nada a un trapero judío; estaba mezclado entre antiguallas sin valor. En fin, te lo voy a enseñar; a ti solo.

Y le mostró una página cubierta de escritura eclesiástica, de letras puntiagudas y apretadas. Eran letanías, plegarias, salmos con enormes y toscas notas musicales. Luego cogió el libro, lo abrió por otro sitio, lo levantó hacia la luz, casi al nivel de los ojos de Giovanni. Éste pudo advertir que allí donde Merula había raspado las letras sagradas, otras líneas casi imperceptibles habían aparecido: descoloridos vestigios de una escritura antigua yacente en la capa más profunda del pergamino. No parecían letras, sino fantasmas de letras desaparecidas después de largo tiempo, pálidos y suaves.

—Y bien, ¿lo ves, lo ves? —repetía Merula triunfalmente—. ¡Míralos! Ya te lo decía, frailuco. Es una cosa estupenda.

—¿Qué es? ¿De dónde sale esto? —preguntó Giovanni.

—Ni yo mismo lo sé todavía. Creo que son fragmentos de una antología. Quizá pueden ser también nuevos tesoros de la poesía griega. Sin mí, jamás hubieran visto la luz. Habrían quedado enterrados hasta la consumación de los siglos bajo antifonas y salmos de penitencia...

Y Merula le explicó que un monje copista de la Edad Media, deseoso de utilizar el precioso pergamino, había borrado las antiguas escrituras, recubriéndolo con otras nuevas.

El sol, traspasando sin desgarrar el velo lluvioso, llenó la estancia con un moribundo reflejo rosa, haciendo resaltar, más limpiamente aún, las huellas, los espectros de las letras antiguas.

—¡Ves, ves, los muertos salen de sus tumbas! —repetía Merula casi en éxtasis—. Es el «Himno de la Olimpíada». Mira, se pueden leer las primeras líneas.

Y tradujo del griego:

«¡Ilma el dulce Baco, magnífico, coronado de racimos!; ¡Gloria a ti! ¡Y a ti, Febo sagitario del maravilloso arco de plata! ¡Dios de los hermosos cabellos, matador de los hijos de Niobe!»

—He aquí el himno a esta Venus que tú tanto temes, frailuco. Es difícil de descifrar...

«¡Gloria a ti, materna Afrodita de los dorados pies! ¡Alegría de los dioses y de los hombres!...»

Un verso incompleto de la letanía sagrada iba desapareciendo de la superficie del pergamino.

Giovanni bajó el libro, los trazos de las letras palidieron, las huellas se borraron, desvaneciéndose en el amarillo liso de la lámina; las sombras desaparecieron. Ya no se veían más que las espesas letras negras y claras del misal religioso y las enormes notas torpes y ganchudas del salmo de la penitencia.

«Escucha, Señor, mi plegaria; préstame oídos y óyeme. Gimo en mi dolor y me turbo; mi corazón se estremece y un mortal terror se apodera de mi alma.»

El reflejo rosado se extinguió y la estancia quedó por momentos en la oscuridad. Merula, sirviendo vino del jarro de barro y ofreciendo el vaso a su interlocutor, dijo:

—¡Vaya, amigo mío, a mi salud! (*Vimus super omnia bonum diligamus.*)

Giovanni rehusó.

—¡Pues bien, Dios te guarde! Beberé por ti. ¡Pero qué triste estás hoy, frailuco! Se diría que te han zambullido en el agua. ¿O será que ese beato de Antonio te ha asustado otra vez con sus profecías? No te preocupes más de ello, Giovanni. ¿Qué tienen que graznar esos hipócritas? ¡Que el diablo los lleve! Confiesa, ¿a que has hablado con Antonio?

—Sí.

—¿De qué?

—Del Anticristo y de meser Leonardo de Vinci.

—¡Eso sí que está bien! Pero no piensas más que en Leonardo. ¿Te habrá embrujado? Escucha, amigo mío; deja ya todas esas tonterías. Sigue siendo mi secretario y pronto haré de ti un hombre. Te enseñaré el latín, haré de ti un jurista, un orador o un poeta de la Corte; serás rico y famoso. En cuanto a la pintura... Ya Séneca, el filósofo, la consideraba un oficio indigno de un hombre libre. Mira a los artistas: son todos hombres ignorantes y groseros.

—He oído decir —replicó Giovanni— que meser Leonardo es un verdadero sabio.

—¿Sabio? ¿Tú lo crees? ¡Pero si no sabe siquiera leer en latín! Confunde a Cicerón con Quintiliano. En cuanto al griego, no tiene ni idea. ¿Eso es un sabio? Hace reír hasta las gallinas...

—Dicen —insistió Beltraffio— que inventa máquinas maravillosas y que sus observaciones sobre la naturaleza...

—¡Máquinas! ¡Observaciones! ¡Oh, amigo mío, no se va muy lejos con eso! *Mis Bellezas de la lengua latina* contienen más de dos mil nuevos giros de las más elegantes frases. ¿Sabes lo que eso me ha costado? Lo demás son bagatelas. Máquinas..., observaciones sobre el vuelo de los pájaros y cómo crece la hierba en el campo, eso no es ciencia, sino una distracción, un juego infantil.

El anciano guardó silencio; la expresión de su rostro se tornó severa. Cogiendo la mano del joven dijo con dulce gravedad:

—Escucha, Giovanni, y graba bien estas palabras en tu cerebro: nuestros maestros son los antiguos griegos y romanos. Ellos han hecho todo lo que el hombre puede hacer sobre la tierra.

No podemos hacer más que seguirlos e imitarlos. Porque ya se ha dicho: «El discípulo no sobrepasa a su maestro».

Bebió un sorbo de vino, miró a Giovanni fijamente a los ojos con maliciosa alegría, y de repente sus suaves arrugas se distendieron en una ancha sonrisa.

—¡Oh! ¡Juventud, juventud! Te miro, frailuco, y te envidio. Un brote primaveral, eso es lo que tú eres. No bebes vino, evitas a las mujeres. Y por dentro un demonio. Te conozco. Espera, amigo mío, ya se mostrará el demonio. Estás triste, pero sabes alegrar con tu compañía. Ahora estás como este libro. El salmo del arrepentimiento por encima, y por debajo el himno a Afrodita.

—Se hace de noche, meser Giorgio. ¿No será ya hora de encender la luz?

—Espera. No importa. Me gusta conversar a la hora del crepúsculo, recordar mi juventud...

Su lengua se embotaba; sus palabras eran incoherentes.

—Ya sé, querido amigo mío —continuó—, me miras y piensas: ha bebido demasiado el viejo y dice tonterías. Y, sin embargo, ¡también yo tengo algo aquí!

Y con el dedo señaló su frente con cierto orgullo.

—No me gusta alabarme, pero pregunta a cualquier estudiante; él te dirá si hay alguien superior a Merula en la elegancia de dicción y redacción de la lengua latina. ¿Quién ha descubierto a Marcial? —continuó acalorándose por momentos—. ¿Quién ha descifrado la famosa inscripción de las minas de la puerta de Tibor? A veces hay que encaramarse tan alto que se va la cabeza; las piedras desaparecen bajo los pies; apenas si puede uno agarrarse a cualquier parte para no caer. Se aguanta días enteros al sol para descifrar las inscripciones antiguas y copiarlas. Las aldeanas pasan y ríen: «Mirad, chicas —dicen unas y otras—. ¡Fijaos donde ha ido a subirse ese bobo!; sin duda busca un tesoro». Se les dice alguna galantería y ellas continúan su camino, y uno de nuevo al trabajo. Allí en las piedras, bajo la hiedra y los escaramujos se encuentran al fin las palabras *Gloria Romanorum!*

Y como si oyera remotas palabras sublimes, largo tiempo calladas, repitió con voz sorda y solemne:

—*Gloria Romanorum!* (¡Gloria de los Romanos!)

—Pero, ¿para qué recordarlo? De todas maneras nada se resucita.

Merula hizo un gesto y, levantando su vaso, entonó con voz enronquecida el himno báquico de los estudiantes:

Sé que no me engaño
porque soy doncel.
Vivo en la taberna
cerca del tonel.
Me gustan las coplas
y el verso latino
cantar con Horacio,
beber el buen vino.
Al viejo poeta
demos honra y prez
con loca alegría
con dulce embriaguez
y también por Baco
—*dum vinum potamus*—
hermanos brindemos
Te deum laudamus!

Pero empezó a toser y no pudo terminar.

La habitación estaba ya completamente a oscuras. Giovanni distinguía con dificultad el rostro de Merula.

La lluvia aumentaba y se oían caer las goteras del canalón sobre las losas de la calle.

—Eso es, frailuco —balbuceó Merula, cuya lengua se entorpecía—. ¿Qué decía, yo? Mi mujer es muy bella... No, no era eso... Sí, sí, espera. ¿Te acuerdas del verso?:

Tu ugere imperio populos, Romanae, memento?

—Escucha —prosiguió—, eran gigantes; genios del Universo...

Su voz temblaba y Giovanni creyó ver brillar lágrimas en los ojos de meser Gingio.

—Sí, gigantes. Mientras que ahora, ¡qué vergüenza! Tomemos, incluso, a nuestro duque de Milán, Ludovico el Moro. Des-

de luego que estoy a su servicio, soy historiador, como Tito Livio, hablo de César y de Pompeyo, un pobre diablo, un advenedizo. Pero en mi alma, Giovanni, en el fondo de mi alma...

Por una costumbre de viejo cortesano, se volvió hacia la puerta con aire receloso.

—¿No escuchará alguien? —E inclinándose hacia su compañero murmuró en su oído—: El amor a la libertad no se ha extinguido ni se extinguirá jamás en el alma del viejo Merula. Pero no se lo digas a nadie. Los tiempos actuales son difíciles. Nunca los hubo peores. ¡Qué gentecilla! Es descorazonador. ¡Cuánta corrupción! ¡Hombres salidos de la nada! ¡Y todavía quieren levantar su nariz para compararse a los antiguos! Pero, ¿qué han hecho? Mira lo que uno de mis amigos de Grecia me escribe: Hace poco, en la isla de Chio, cuando las lavanderas del convento iban al amanecer a lavar la ropa, encontraron en la playa un auténtico dios antiguo, un tritón con cola de pez, aletas y cubierto de escamas. Tuvieron miedo, ¡imbéciles!, y huyeron, creyendo que era el diablo. Después vieron que era viejo, débil y, sin duda, enfermo; estaba echado, con la cabeza sobre la arena tiritando y calentándose al sol su espalda de escamas verdes. Tenía la cabeza gris y los ojos turbios como los niños de pecho. Se envalentonaron las sinvergüenzas, le rodearon, recitando plegarias y golpeándole con sus palas. Le maltrataron como a un perro, a él, un dios de la antigüedad, la última de las divinidades del océano, quizá el nieto de Poseidón.

El viejo se calló, bajando tristemente la cabeza. Por sus mejillas rodaron dos lágrimas de piedad por el monstruo marino.

Un criado entró trayendo luces; luego fue a cerrar las maderas. Los fantasmas paganos desaparecieron. Anunciaron la cena. Pero Merula estaba tan embotado por el vino, que tuvieron que sostenerle por debajo de los brazos para conducirlo a su lecho. Por la noche, Beltraffio tardó largo rato en dormirse. Escuchando los pausados ronquidos de meser Gingio, Giovanni pensaba en aquel que, durante los últimos tiempos, ocupaba su imaginación por encima de todas las cosas: en Leonardo de Vinci.

IV

Giovanni se había trasladado de Milán a Florencia por encargo de su tío, el pintor de vidrio Oswald Ingram, para comprar colores especiales, vivos y traslúcidos, que no podían encontrarse en ninguna otra parte.

El pintor Oswald Ingram nació en Gratz, discípulo del célebre maestro estrasburgués Johann Kirschim, trabajaba en los vitrales de la sacristía de la catedral de Milán. Giovanni, huérfano, hijo legítimo del hermano de Oswald —el albañil Meinhold Ingram—, había recibido el nombre de Beltraffio, que era el de su madre, oriunda de Lombardía; ésta, según decía su tío, era una mujer de mala vida que había arrastrado a su hermano a la perdición.

Giovanni creció, niño solitario, en casa de su tío. Su alma se hallaba ensombrecida por los interminables relatos de Oswald Ingram, en los que sólo se trataba de poderes nefastos, demonios, brujos y brujas.

Le atemorizaba sobre todo una de las leyendas que las gentes del norte de Italia pagana contaban acerca de un extraño demonio de forma femenina. Este ser satánico era conocido por el mote de la «Comadre de las blancas cejas» y también la «Diabla blanca».

Cuando Giovanni, todavía niño, lloraba en la cama, el tío Ingram le metía miedo con la Diabla blanca, y en seguida el niño se callaba escondiendo la cabeza debajo de la almohada, pero a través de sus estremecimientos de pánico sentía curiosidad y el deseo de poder ver un día a aquel ser extraordinario cara a cara.

Oswald puso a su sobrino de aprendiz en el taller del fraile cromógrafo fray Benedetto.

Era éste un buen viejo, sin malicia. Le enseñaba que al empezar a pintar debía invocar la ayuda del Todopoderoso; de la Virgen María, protectora bien amada de todos los pecadores; de san Lucas Evangelista, que fue el primer pintor cristiano, y de todos los santos del Paraíso. Luego debía penetrarse de amor, temor, obediencia y paciencia, y, en fin, debía usar para preparar los colores yema de huevo, jugo lechoso de ramas tiernas de higue-

ra, agua y vino y emplear para los cuadros tablas de madera vieja de higuera o de haya, impregnadas con polvos de huesos calcinados, escogiendo con preferencia los de costillas y alas de pollo o capón, a los de las costillas y espalda de cordero.

Los consejos eran inagotables. Giovanni sabía de antemano con qué aire desdeñoso fray Benedetto levantaba las cejas cuando le preguntaban acerca del color que se llama sangre de dragón. Era seguro que replicaba: «Deja eso y no lo laments mucho; no te daría mucha gloria». Giovanni adivinaba que estas mismas palabras habían sido pronunciadas por el maestro de fray Benedetto y por el maestro de su maestro. Y lo mismo era de invariable la sonrisa de satisfacción con la cual fray Benedetto le confiaba los secretos del oficio, que al monje le parecían el colmo de todo arte y de toda humana habilidad. Así, por ejemplo, para preparar la laca destinada a pintar rostros jóvenes, eran necesarios huevos de gallina de ciudad, porque sus yemas son más claras que las de las gallinas de campo, cuyas yemas, por su color rojizo, son más convenientes para pintar los cuerpos viejos y morenos.

A pesar de todas estas minucias, fray Benedetto era un pintor tan ingenuo como un niño. Disponía su espíritu para el trabajo por medio de ayunos y vigiliass. Antes de empezar se prosternaba, rogando al Señor para que le diera fuerzas y talento. Cada vez que pintaba la Crucifixión, su rostro se cubría de lágrimas.

Giovanni amaba a su maestro y sentía por él veneración como si fuese el más grande de los pintores. Pero en los últimos tiempos se sentía turbado desde que, explicándole su único precepto anatómico, a saber: que la longitud del cuerpo masculino es de ocho cabezas y dos tercios, fray Benedetto añadía, con el mismo aire desdeñoso con que hablaba de la sangre del dragón: «En cuanto al cuerpo de la mujer, dejémoslo aparte, puesto que no tiene, en realidad, proporciones». Estaba tan firmemente convencido de esto como de que los peces y en general todos los animales privados de razón son de color oscuro por encima y claro por debajo; como también de que los hombres tienen una costilla menos que la mujer, porque Dios tomó una costilla de Adán para formar a Eva.

Una vez tuvo que hacer una alegoría de los cuatro elementos, representado cada uno por un animal. Fray Benedetto escogió para la tierra el topo; para el agua, el pez; para el fuego, la salamandra, y para el aire, el camaleón. Pero, creyendo que la palabra camaleón era el superlativo de *camelo*, que significa camello, el monje, en la simplicidad de su alma, representó al elemento aéreo bajo la forma de un camello, abriendo la boca para respirar mejor. Y cuando los pintores jóvenes se burlaban de él mostrándole su error, supo soportar sus chanzas con cristiana humildad, persuadido de que no había ninguna diferencia entre un camello y un camaleón.

Todo lo que el piadoso pintor sabía de la naturaleza era por el estilo.

Hacía ya bastante tiempo que en el corazón de Giovanni había penetrado la duda, el nuevo espíritu rebelde, el «demonio de la filosofía del siglo», según expresión del monje. Y desde que el discípulo de fray Benedetto, poco antes de su viaje a Florencia, tuvo ocasión de ver algunos de los dibujos de Leonardo de Vinci, estas dudas afluyeron a su alma con tal violencia que no las pudo resistir.

Aquella noche, acostado cerca de meser Giorgio, que roncaba apaciblemente, fue asaltado su espíritu por milésima vez por estos pensamientos; pero cuanto más en ellos se hundía, más aumentaban sus confusiones. Por fin, resolvió recurrir a la ayuda del cielo y, dirigiendo hacia la oscura noche su mirada llena de esperanza, musitó esta plegaria:

—Socórreme, Señor, y no me abandones. Si realmente meser Leonardo es un impío y no hay en su ciencia más que pecado y escándalo, haz que no piense más en él y olvide sus dibujos. Líbrame de la tentación, porque no quiero pecar. Pero, si es necesario para servirte y glorificar tu nombre por el noble arte de la pintura saber todo lo que fray Benedetto ignora y yo deseo aprender, tan ardientemente, anatomía, perspectiva y las hermosas leyes de la luz y la sombra entonces, ¡oh, Señor!, dame una voluntad firme e ilumina mi alma a fin de no dudar más; haz que meser Leonardo me admita en su estudio y que fray Benedetto (¡es tan bueno!) me perdone y comprenda que no soy en absoluto culpable hacia Ti.

Giovanni, después de esta plegaria se sintió muy aliviado. Sus ideas se nublaron, vio en las manos del pintor de vitrales la púa de acero al rojo blanco que iba cortando el cristal con un suave silbido; vio bajo la plancha saltar serpenteando las finas bandas de plomo que unían, en los recuadros, los fragmentos de vidrio pintado. Una voz parecida a la de su tío decía: «Limando más los bordes, se sujeta mejor el cristal». Luego todo desaparecía. Se volvió del otro lado, quedándose dormido. Giovanni tuvo un sueño del que mucho tiempo hubo de acordarse: le pareció que en la penumbra de una enorme catedral se hallaba de pie ante una viga de vidrios multicolores. Representaba la vendimia de la viña mística, de la cual se ha dicho en el Evangelio: «Yo soy la verdadera viña, y mi Padre es el viñador». El cuerpo desnudo del Crucificado estaba tendido en el lagar y la sangre brotaba de sus llagas. Papas, cardenales, emperadores, la recogían, llenando toneles que echaban a rodar. Los apóstoles llevaban los racimos; san Pedro los desgranaba. Al fondo, los profetas, los patriarcas, trabajaban en las viñas y cortaban los racimos. Se veía un carro llevando una cuba al que iban enganchados los animales evangélicos: el león, el toro y el águila; el Ángel de san Mateo lo conducía. Giovanni había visto en el taller de su tío vitrales parecidos. Pero en ningún sitio había visto colores semejantes, a la vez oscuros y vivos como piedras preciosas. Sobre todo el color escarlata de la sangre del Señor le maravilló. Del fondo de la catedral llegaban hasta él los débiles y dulces sonos de su canto preferido:

¡Oh, flor de castidad!
¡Oh, perfumado lirio
de suavidad ligera
en púrpura encendido!

Cesó de sonar el cántico y el diáfano cuadro desapareció; la voz del dependiente Antonio de Vinci le decía al oído: «Huye, Giovanni, huye. Ella está aquí». Él quiso preguntar: «¿Quién?». Pero conoció que la Diablesa blanca estaba detrás de él. Sintió un soplo helado, y de pronto una pesada mano le asió por el cuello como queriendo ahogarle. Creyó morir.

Lanzó un grito, y despertando pudo ver a meser Giorgio que, inclinado sobre él, le quitaba la ropa.

—Levántate, levántate, o se irán sin nosotros. Hace tiempo que sonó la hora.

—¿Ir, dónde? ¿Qué pasa? —balbuceó Giovanni todavía adormilado.

—¿Lo has olvidado? A San Gervasio, a hacer excavaciones, en el cerro del Molino.

—No iré...

—¿Cómo que no irás? ¿Te he despertado para nada? He hecho ensillar expresamente la mula negra para que podamos ir más cómodamente los dos. Pero levántate, te lo ruego, no te obstines. ¿De qué tienes miedo, frailuco?

—No tengo miedo. Sólo que eso no me interesa.

—Oye, Giovanni, meser Leonardo de Vinci, ese ilustre maestro, también irá.

Giovanni saltó de la cama, y sin más réplica comenzó a vestirse.

Salieron al patio.

Ya estaba todo listo para la marcha. El activo Grillo no cesaba de ir y venir y hacer advertencias. Por fin, se pusieron en camino.

Otras personas, amigos de meser Cipriano, y entre ellos Leonardo de Vinci, debían acudir más tarde directamente a San Gervasio por otro camino.

V

Había cesado la lluvia. El viento del norte barría las nubes. En un cielo sin luna brillaban las estrellas como lamparillas que vacilasen al viento. Las teas humeantes chisporroteaban lanzando chispas alrededor.

Por la calle Ricasoli llegaron, pasando por delante de San Marcos, a la almenada torre de la puerta San Gallo. Los guardianes, medio dormidos, no comprendiendo de qué se trataba, opusieron muchos reparos jurando y maldiciendo, y sólo después de una buena propina consintieron en dejarlos salir de la ciudad.

El camino enfilaba el estrecho y profundo valle del torrente Mugnone. Después de pasar varios míseros pueblos de calles tan estrechas como las de Florencia, con altas casas que parecían fortalezas de piedra, toscamente talladas, los viajeros penetraron en un bosque de olivos que pertenecía al municipio de San Gervasio. Echaron pie a tierra al llegar a una encrucijada y se dirigieron por la viña de meser Cipriano al cerro del Molino.

Allí les esperaban los obreros provistos de palas y picos. Detrás del cerro, más allá del pantano llamado Valle Frío se divisaban confusamente en la oscuridad, entre árboles, los muros de la villa de Buonaccorsi. Abajo, en el Mugnone, estaba el molino de agua. Sobre la cima del cerro se veían esbeltos y negros cipreses.

Grillo indicó el punto donde, según él, había que cavar. Merula designó otro sitio, al pie del cerro, donde habían encontrado la mano de mármol. El capataz Stracco, el jardinero, aseguraba que se debía cavar en la parte baja, cerca de Valle Frío, porque, como decía, «las porquerías están siempre en los pantanos».

Meser Cipriano hizo cavar en el lugar indicado por Grillo.

Las palas chocaron contra el suelo. Se percibía un olor a tierra removida.

Un murciélago casi rozó a Giovanni. Éste se estremeció.

—¡No tengas miedo, frailuco, no tengas miedo! —dijo Merula dándole unos golpecitos en la espalda para tranquilizarle—. ¡No encontraremos ningún demonio! Si este asno de Grillo no estuviera aquí, podríamos, a Dios gracias, realizar otras excavaciones. En Roma, por ejemplo, cuando la cuatrocientas quincuagésima Olimpiada (Merula, desdeñando la cronología cristiana, no empleaba más que la antigua cronología griega), en tiempos del papa Inocente VIII, los trabajadores lombardos encontraron en la Via Appia cerca del monumento a Cecilia Metela, un sarcófago antiguo con esta inscripción: «Julia, hija de Claudio» y dentro el cuerpo recubierto de cera de una joven de quince años que parecía dormida. Su rostro se hallaba coloreado como si estuviera viva. Se hubiera dicho que respiraba. Un genio inmenso rodeaba su tumba. Desde muy lejos se acudía a ver a Julia, pues era tan bella que, si se hubieran podido descubrir sus encantos, los que no lo han visto no lo creerían. Al saber que

el pueblo veneraba los restos de una pagana, el Papa tuvo miedo, y ordenó enterrarla secretamente cerca de los puentes del Pincio. En cambio, ya ves las excavaciones que nosotros hacemos, amigo mío...

Merula, lanzó una mirada de desprecio hacia el agujero que cavaban rápidamente.

De pronto la pala de uno de los trabajadores golpeó algo duro. Todos se inclinaron.

—Huesos —dijo el jardinero—. El cementerio llegaba antes hasta aquí.

De San Gervasio llegó hasta ellos el lúgubre y prolongado ladrido de un perro.

«Han profanado una tumba —pensó Giovanni—. Sería mejor que me fuera.»

—Es el esqueleto de un caballo —añadió Strocco con maliciosa alegría; y echó fuera de la fosa un cráneo alargado y casi putrefacto.

—Grillo, me parece que te has equivocado —dijo meser Cipriano—. ¿No sería mejor probar en otro sitio?

—Desde luego. Es estúpido fiarse de un paleta —dijo Merula, que seguido de sus obreros fue a cavar más abajo, al pie del cerro.

Strocco, para molestar al testarudo Grillo, también se fue, llevándose algunos hombres, con la intención de explorar Valle Frío.

Poco después meser Giorgio gritó triunfante:

—¡Aquí, aquí, mirad! ¡Ya sabía yo dónde teníamos que cavar!

Todos corrieron hacia él. Pero su hallazgo no tenía el menor interés: era un trozo de mármol en bruto.

Nadie, sin embargo, volvió hacia donde estaba Grillo, quien, sintiéndose deshonrado, persistió en el fondo del foso, cavando obstinadamente, desesperadamente, la tierra, al resplandor de una linterna.

Calmado el viento, el aire se hizo más tibio. La niebla se corrió por encima de Valle Frío. Una mezcla de olores a agua estancada, flores primaverales y violetas se esparció en el ambiente. El cielo se hizo más transparente; los gallos cantaron por segunda vez. La noche tocaba a su fin.

De pronto, del fondo de la fosa donde se encontraba Grillo salió un grito de espanto.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Sostenedme, por Dios, que me caigo!

Al principio no se pudo distinguir nada en la oscuridad. La linterna de Grillo se había apagado. Solamente se oía a éste debatirse, suspirar y gemir en el fondo del foso.

Trajeron otras linternas y entonces pudieron ver una bóveda de ladrillos, cubierta a medias de tierra: era el techo de un subterráneo que no habiendo podido soportar el peso de Grillo se había hundido.

Dos campesinos jóvenes y vigorosos descendieron con precauciones a la fosa.

—¿Dónde andas, Grillo? Danos la mano. ¿Es que ya no existes?

Grillo no decía nada, estaba quieto, pero olvidándose del vivo dolor que sentía en el brazo —creía que se lo había fracturado, aunque no lo estaba más que a medias— tanteaba, gateaba y se agitaba desesperadamente en el fondo de la sima.

Por fin lanzó un grito de alegría:

—¡Un ídolo, un ídolo; meser Cipriano, un ídolo magnífico!

—¡Vamos, vamos! ¿Por qué gritas tanto? —murmuró Strococo incrédulamente—. A lo mejor es la quijada de un burro...

—No, no, sólo le faltan los brazos... Pero las piernas, el cuerpo y el pecho están intactos —musitó Grillo rebosante de alegría.

Algunos obreros, atándose por debajo de los brazos y por la cintura por si la bóveda se desplomaba, descendieron hasta el fondo y empezaron a quitar cuidadosamente los frágiles ladrillos cubiertos de escoria que se deshacían en polvo.

Giovanni, medio echado en el suelo, miraba por entre las curvadas espaldas de los excavadores la profundidad del cráter que exhalaba una humedad de caverna y un frío sepulcral.

Cuando la bóveda estuvo casi deshecha, meser Cipriano dijo:

—Apártense todos y déjenme a mí.

Y Giovanni divisó en el fondo del foso, entre las paredes de ladrillo, un cuerpo blanco y desnudo. Se hallaba tendido como un cadáver en la sepultura. Sin embargo, bajo el vacilante refle-

jo de las antorchas no parecía muerto, sino sólo dormido, vivo y caliente.

—¡Venus! —exclamó meser Giorgio con veneración—. ¡Es la Venus de Praxíteles! ¡Os felicito, meser Cipriano! Os darán el ducado de Milán y el de Génova de añadidura si acaso no os consideráis bastante feliz.

Grillo salió penosamente de la honda sima. De su frente desollada salía sangre que bañaba su rostro manchado de tierra; no podía mover su brazo medio roto; pero en sus ojos brillaba el orgullo de la victoria.

Merula corrió hacia él.

—¡Grillo, mi querido amigo, mi bienhechor! ¡Yo que te regañaba y osaba tratarte de paleta a ti, el más inteligente de todos los hombres!

Y abrazándole alborozado, le besó tiernamente.

—El arquitecto florentino Filippo Brunelleschi —continuó Merula— encontró un día debajo de su vivienda, en una fosa parecida a ésta, una estatua de mármol del dios Mercurio. Sin duda, en la época en que los cristianos, vencedores de los gentiles, destruyeron sus ídolos, los últimos creyentes de los viejos dioses, viendo la perfección de las estatuas antiguas y deseosos de salvarlas de la ruina, escondieron estas efigies en subterráneos de ladrillos.

Grillo escuchaba con beatífica sonrisa, sin advertir que ya se oía por los campos la zampoña del pastor y que las ovejas balaban por los prados, mientras que, entre las colinas, el cielo se iba aclarando con un resplandor húmedo, y que, a lo lejos, por encima de Florencia, las campanas matinales se interpelaban con tierna voz.

—¡Espacio! ¡Espacio! ¡Más a la derecha! ¡Así! ¡Más separado de la pared! —ordenaba Cipriano a los cavadores—. Cinco *grossi* de plata a cada uno si la sacáis sin deterioro.

La diosa ascendía lentamente.

Salía de las profundas tinieblas de su tumba milenaria con la misma sonrisa de antaño, como cuando nació entre las espumas del mar.

—«¡Gloria a ti, divina Afrodita de los pies de oro, alegría de los dioses y de los hombres!...»